

JULIETTE

O LAS PROSPERIDADES DEL VICIO¹

¹ En la página titular puede leerse: *La nueva Justine, o Las desdichas de la virtud, seguida de la historia de Juliette, su hermana*; y en el principio de la novela: *Juliette o Las prosperidades del vicio*. Existe una página titular independiente de la *Historia de Juliette* que se conserva en la Bibliothèque Nationale de France. «Las prosperidades del vicio» sustituye «Los éxitos de la mala conducta» y «Las prosperidades del libertinaje». «Cien temas grabados» sustituye «Cincuenta grabados» y «En Holanda» reemplaza «En el planeta de Venus».

JULIETTE,
O U
LES PROSPÉRITÉS DU VICE.

CE fut au couvent de Panthemont que Justine et moi fûmes élevées. Vous connaissez la célébrité de cette abbaye, et vous savez que c'était de son sein que sortaient depuis bien des années les femmes les plus jolies et les plus libertines de Paris. Euphrosine, cette jeune personne dont je voulus suivre les traces, qui, logée dans le voisinage de mes parens, s'était évadée de la maison paternelle, pour se jeter dans le libertinage, avait été ma compagne dans ce couvent; et comme c'est d'elle et d'une religieuse de ses amies que j'avais reçu les premiers principes de cette morale, qu'on est surpris de me voir aussi jeune dans les récits que vient de vous faire ma sœur, je dois, ce me semble, avant tout, vous entretenir

JULIETTE O LAS PROSPERIDADES DEL VICIO²

PRIMERA PARTE

JUSTINE y yo fuimos educadas en el convento de Panthemont³. Ya conocéis la celebridad de dicha abadía, y en tal caso sabéis también que de ahí salían, desde hacía años, las muchachas más bonitas y libertinas de todo París. Euphrosine⁴, esa joven de quien quise seguir el rastro, vecina de mis padres, que se fugó de la casa paterna para consagrarse al libertinaje, había sido compañera mía en dicho convento; y como recibí esa moral de ella y de una monja amiga suya, y parecéis sorprendido al verme tan joven y ya con esa presencia en los relatos que acaba de hacer os mi hermana, debo, así me lo parece, antes de nada, hablaros de ambas..., contaros con detalle esos primeros instantes de mi

² Este título, que encabeza la primera parte, va precedido de una «advertencia» que reza así: «*Juliette* es la continuación y la conclusión de *La nueva Justine*, cuyas aventuras forman cuatro volúmenes, el tomo I de *Juliette*, cuya historia contiene seis volúmenes, es el V del conjunto y así sucesivamente hasta el X. Las dos obras, aunque van juntas, pueden venderse separadamente. Los cuatro primeros volúmenes contienen un frontispicio y 40 grabados. Los seis últimos, 60 grabados». Esta advertencia va precedida del mismo dístico que aparece en cada uno de los diez volúmenes: «No se es criminal por hacer la pintura / De las extrañas inclinaciones que inspira la naturaleza».

³ En *La nueva Justine* solo se hace referencia a una de las «abadías más célebres de París». Se trata de la abadía de Penthemont, antiguo convento de monjas agustinas en París, hoy templo protestante. Respetamos aquí la grafía de Sade porque creemos que juega con la homofonía con Pandemonium.

⁴ En la mitología griega Eufrosine (Εὐφροσύνη, 'júbilo', 'alegría') era una de las tres Gracias, hija de Zeus y Eurínome. Como indica su etimología, Eufrosine portaba en una de sus manos una máscara alegre que representaba la felicidad, cuyo don ella repartía. Este personaje aparece, sin ser nombrado, en *La nueva Justine*, como hija de la vecina, que se había escapado de la casa paterna y que vivía de «mantenida» con gran lujo.

vida en que, seducida, corrompida por esas dos sirenas⁵, brotó en mi corazón el germen de todos los vicios. La monja en cuestión se llamaba Delbène; era abadesa de la casa desde hacía cinco años, y acababa de cumplir los treinta años⁶ cuando la conocí. No podía ser más guapa: era un primor, tenía una fisionomía dulce y celestial, rubia con grandes ojos azules dignos del más tierno interés; con el talle de las Gracias; víctima de la ambición, la joven Delbène había sido encerrada en un convento con doce años para hacer más rico a un hermano mayor al que ella odiaba. Fue enclaustrada a esa edad en la que las pasiones empiezan a expresarse, y aunque Delbène no hubiera elegido aún, le gustaba el trato con la gente y con los hombres en general, pero acabó por inmolarsé y obedecer, no sin antes librarse a los más arduos combates consigo misma. Delbène, muy precoz, habiendo leído ya a todos los filósofos, habiendo reflexionado profundamente sobre el mundo, no se condenó al retiro sin antes asegurarse la compañía de dos o tres amigas. Venían a verla, la consolaban, y como era muy rica, seguían trayéndole libros y todo tipo de cosas que pudieran aliviarla, incluido lo propicio para encender una imaginación... ya de por sí muy viva, que no se templaba con el retiro⁷. En cuanto a Euphrosine, tenía quince años cuando entré en relación con ella, y llevaba dieciocho meses de discípula de la señora Delbène cuando una y otra me propusieron unirme a ellas, precisamente el día en que cumplía yo trece años. Euphrosine era morena, alta para su edad, muy delgada, con ojos muy bonitos, dotada de gran inteligencia y perspicacia, pero menos guapa y bastante menos interesante que nuestra superiora. No necesito decir que la inclinación a la voluptuosidad es, en mujeres reclusas, el único móvil de su intimidad⁸; no es la virtud lo que las une, son las ganas de joder: hacemos lo posible

⁵ La sirena, ninfa con busto de mujer y cuerpo de ave o pez, «que extraviaba a los navegantes atrayéndolos con la dulzura de su canto» (*DLE*), es una de las figuras artísticas representativas de la seductora en el siglo XVIII, mujer instruida que educa con su palabra embaucadora al aprendiz o a la aprendiz (novicio o novicia) para apartarlos del camino recto.

⁶ Una mujer era considerada vieja al cumplir los treinta años, según nos advierte Marivaux en su comedia *Los actores de buena fe* (1748). Aquí el autor contradice dicho prejuicio.

⁷ En este retrato vemos que Sade contradice la tradición fisiognómica según la cual las rubias de ojos azules son frías, mientras que las morenas de ojos negros son apasionadas.

⁸ Sade comparte, pues, parcialmente la teoría diderotiana sobre los efectos de la reclusión en los religiosos, pero más adelante observaremos que el marqués no reduce la homosexualidad femenina al efecto de unas circunstancias que aíslan a las mujeres entre sí.

por agradar a la que se empalma⁹ con nosotras, nos hacemos amigas de la que nos masturba. Dotada de un temperamento muy activo, desde los nueve años había acostumbrado a mis dedos a responder a los deseos de mi cabeza, y no aspiraba, desde esa edad, sino a la dicha de encontrar la ocasión de instruirme y lanzarme a una carrera cuyas puertas me abría ya, complaciente, mi naturaleza precoz. Euphrosine y Delbène me ofrecieron enseguida lo que andaba buscando. La superiora, que quería ocuparse de mi educación, me invitó un día a comer... Euphrosine se hallaba allí; hacía un calor increíble, y ese excesivo ardor del sol sirvió de excusa a ambas para mostrarse en el desorden en que las encontré; era tal que, exceptuando un ligero camisón de gasa, retenido simplemente por un grueso lazo de cinta rosa, estaban prácticamente desnudas¹⁰.

—Desde que habéis entrado en esta casa —me dijo la Delbène, besándome en la frente como quien no quiere la cosa—, siempre he deseado conoceros íntimamente. Sois hermosa, parecéis lista, y las jóvenes como vos siempre han encontrado en mí un apoyo... ¿Os sonrojáis, ángel mío? Os lo prohíbo; el pudor es una quimera, mero resultado de las costumbres y la educación; es lo que se denomina una moda al uso¹¹. La naturaleza ha creado al hombre y a la mujer desnudos, de suerte que es imposible que les haya concedido al mismo tiempo aversión y vergüenza a verse así. Si el hombre hubiera seguido siempre los principios de la naturaleza, no conocería el pudor, fatal verdad que prueba, querida niña, que hay ciertas virtudes cuyo origen no es otro que el olvido total de las leyes de la naturaleza... ¡Qué quedaría de la moral cristiana si escrutáramos así, uno a uno, los principios que la componen! Pero ya tendremos tiempo de charlar de todo esto. Hoy hablemos de otra cosa, y desvestíos como nosotras.

Luego, acercándose a mí las dos pícaras, entre risas, me dejaron enseguida en el mismo estado que ellas. Los besos de la señora Delbène tomaron entonces un cariz completamente distinto...

—Pero ¡qué bonita es mi Juliette —exclamó con admiración—! ¡Cómo despuntan esos deliciosos pechitos! ¡Euphrosine, mira, los tiene más grandes que tú... y eso que apenas tiene trece años!

⁹ En este caso el escritor utiliza una terminología propia de la descripción de un hombre en el relato pornográfico. La novedad reside aquí en utilizar tales vocablos para referirse a las mujeres.

¹⁰ La comida, la bebida, todo aquello que pueda despertar los sentidos, y el calor, que lleva a la desnudez, son componentes prácticamente obligados en todo relato libertino.

¹¹ El ataque al pudor es una constante en los escritos del marqués.

Los dedos de nuestra encantadora superiora cosquilleaban los pezones de mis tetas, y su lengua se meneaba en mi boca; enseguida se dio cuenta de que sus caricias causaban tal efecto en mis sentidos que estaba a punto de desvanecerme.

—¡Ay, joder! —dijo sin poder contenerse y dejándome sorprendida por la energía¹² de sus expresiones...—. ¡Rediós, qué temperamento! Amigas mías, ¡dejémonos de tonterías! ¡Al diablo todo lo que no nos deja ver tantos encantos, que la naturaleza no nos hizo don de ellos para que los ocultáramos!

Y tirando a lo lejos las gasas que la cubrían, se mostró a nuestros ojos bella como la Venus que se ganó el homenaje de los griegos. Era imposible estar mejor hecha, tener una piel más blanca..., más suave..., formas más bellas y pronunciadas; Euphrosine, que la imitó casi de inmediato, no me ofreció tantos encantos; no estaba tan rolliza como la Delbène; más morena, puede que resultara menos apetecible, pero, he de decirlo, ¡qué ojos!, ¡qué chispa! Conmovida ante tales encantos, solicitada con ímpetu por las dos mujeres que los poseían para que renunciara como ellas a todos los frenos del pudor, creedme, no tardé en rendirme. Me encuentro ya sumida en la más tierna embriaguez cuando la Delbène me conduce a su lecho y me devora a besos.

—Un momento —dice ella en pleno arrebató—, un instante, mis buenas amigas, pongamos un poco de orden en nuestros placeres, solo se disfrutan de verdad si se determinan.

Tras esas palabras, me echa en la cama, me separa las piernas y tras tumbarse boca abajo con la cabeza entre mis muslos, me lame mientras presenta a mi compañera las más bellas nalgas que se hayan visto, de suerte que recibe de los dedos de la muchacha los mismos favores que me hace su lengua. Euphrosine, instruida de lo que convenía a Delbène, alternaba sus poluciones¹³ con unos fuertes cachetes en el culo, cuyo efecto me pareció evidente en el físico de nuestra amable¹⁴ institutriz. Rápidamente electrizada¹⁵ por el libertinaje, la puta devoraba el

¹² Sobre el concepto de energía a finales del siglo XVIII, y en concreto en Sade, véase la obra capital de Michel Delon, *L'Idée d'énergie au tournant des Lumières (1770-1820)*, París, PUF, 1988.

¹³ «Polución»: «Efusión de semen» (*DLE*).

¹⁴ «Amable»: en el siglo XVIII conservaba el sentido literal de «digno de ser amado».

¹⁵ «Electrizar» es un verbo usual en nuestro autor, relacionado con la intensidad con la que ha de vivirse la vida y sus placeres. La teoría aparece más adelante expuesta por Delbène.

semen¹⁶ que extraía de mi coñito a cada momento. A veces se detenía para mirarme..., para observarme en pleno placer.

—¡Qué hermosa es! —exclamaba la tríbada¹⁷—. ¡Oh, rediós!, ¡qué interesante es!, menéame, Euphrosine, masturbáme, amor mío, ¡quiero morir embriagada por su semen! Cambiemos, variemos —exclamaba un momento después—, querida Euphrosine, no me guardes rencor, es verdad que no te devuelvo todos los placeres que me procuras tú... Esperad, angelitos míos, voy a acariciaros a las dos a la vez.

Nos coloca en la cama, juntas; gracias a sus consejos nuestras manos se cruzan, nos polucionamos recíprocamente, su lengua se introduce primero en el interior del coño de Euphrosine, y con ambas manos nos hace cosquillas en el ojete; de vez en cuando se retira del coño de mi compañera para venir a chupar el mío, y al recibir así cada una de nosotras tres placeres al tiempo, imaginad cómo nos corríamos; al cabo de unos instantes, la muy golfa nos da la vuelta, le presentamos nuestras nalgas, nos soba por debajo mientras nos lengüetea el ano. Alababa nuestros culos, les daba de cachetes y nos hacía morir de placer, mientras se erigía en medio de nosotras como una bacante, exclamando:

—Devolvedme lo que os doy, masturbadme las dos, me arrojaré a tus brazos, Juliette, besaré tu boca, nuestras lenguas se rechazarán..., se empujarán..., se chuparán; tú me penetrarás la matriz con este consolador —proseguía mientras me lo ponía en las manos—; y tú, Euphrosine mía, quedarás al cuidado de mi culo, lo agasajarás con este pequeño estuche¹⁸, pues, como es infinitamente más estrecho que mi coño, no necesita más... Tú, pollita mía —prosigue mientras me besa—, no abandonarás mi clítoris, es la auténtica sede del placer en las mujeres¹⁹, fró-

¹⁶ Sade, a pesar de los recientes descubrimientos científicos que demostraban que el flujo de la mujer no era seminal, mantiene la teoría galenista, común entre los libertinos del Siglo de las Luces, que atribuía tanto a la mujer como al hombre un fluido fructífero, que denominaba indistintamente 'semen'. Véase Lydia Vázquez, *L'Orgasme féminin au XVIII^e siècle*, La Rochelle, Himeros, 2014.

¹⁷ En español la primera vez que se encuentra esta palabra es en 1611, en el «Suplemento» al *Tesoro de la Lengua Española* de Covarrubias.

¹⁸ «Estuche» es el vocablo que utiliza Sade para referirse a los consoladores hechos a medida. Sabemos por su correspondencia que el marqués pedía «estuches» de madera de diversos tamaños a su mujer, que los encargaba a artesanos del Boulevard Saint-Antoine, junto a la Bastilla, en París.

¹⁹ Sade insiste en todos sus escritos en la importancia del clítoris para el placer de las mujeres, y algunos de sus personajes femeninos poseen clítoris enormes que se asemejan a un pene, difuminando así las diferencias genéricas. Si las subraya, es para insistir en la superioridad sexual de la mujer, a quien la naturaleza no ha concedido un pene menos, sino un agujero más. El supuesto freudiano queda así neutralizado, más de cien años antes.

talo hasta arañarlo, soy dura... Estoy agotada²⁰, necesito sensaciones fuertes; quiero destilarme en esperma con vosotras, quiero correrme veinte veces seguidas si puedo.

¡Oh, Dios! Lo cierto es que le devolvimos con creces lo que nos dio; es imposible afanarse con más ardor en dar placer a una mujer... Imposible también encontrar a una que lo apreciara mejor. Nos recuperamos.

—Ángel mío —me dijo la encantadora criatura—, no sé cómo expresar el gusto que me procura conocerte; eres una muchacha deliciosa, voy a asociarte a todos mis placeres, y verás que los hay bien intensos a pesar de hallarnos privadas de la sociedad de los hombres. Pregunta a Euphrosine si está contenta conmigo.

—¡Oh, amor mío, mis besos te dan sobradas pruebas de ello! —dijo nuestra joven amiga precipitándose a los brazos de Delbène—. Te debo el conocimiento de mi ser; has formado mi mente, la has liberado de los estúpidos prejuicios de la infancia; solo por ti existo en este mundo; ¡ah, qué suerte tiene Juliette si te vas a ocupar de ella como de mí!

—Sí —contestó Delbène—, sí, quiero encargarme de su educación, quiero disipar en ella, como lo he hecho en ti, los infames prestigios²¹ religiosos que turban toda la felicidad de la vida, quiero hacerla volver a los principios de la naturaleza, y que descubra que todas las fábulas con que han turbado su mente no son sino dignas de desprecio. Comamos, amigas mías, restaurémonos²²; cuando una se ha corrido mucho, tiene que reparar lo que se ha perdido.

Un delicioso almuerzo que tomamos desnudas nos devolvió enseguida las fuerzas necesarias para volver a empezar. Nos masturbamos de nuevo..., nos sumimos las tres mediante mil nuevas posturas en los excesos más extremos de la lubricidad; como cambiábamos a cada instante de papel, a veces éramos esposas, y un momento después nos convertíamos en maridos, engañando así a la naturaleza, de suerte que durante todo el día la forzamos a que coronara con sus voluptuosidades más refinadas todos los ultrajes que perpetrábamos contra ella. Así transcurrió un mes, al cabo del cual Euphrosine, con la cabeza perdida de tanto libertinaje, abandonó el convento y a su familia para consagrarse a todos los desórdenes del putanismo y la crápula. Volvió a vernos, nos

²⁰ Se refiere al fluido «seminal» ya vertido.

²¹ En el *Dictionnaire de l'Académie Française*, primera edición (1694), «prestige» (prestigio), se dice de la «ilusión por sortilegio». Igualmente, hasta el siglo XVIII, la palabra castellana significa lo mismo que *praestigium*, «fascinación que se atribuye a la magia o que es causada por un sortilegio».

²² «Restaurarse»: comer y beber para recuperar fuerzas, de ahí la palabra «restaurante».

describió su situación, y nosotras también estábamos demasiado corrompidas como para que nos pareciera mal el partido que tomaba, así que nos guardamos muy mucho de compadecerla o disuadirla.

—Hace muy bien —me decía Delbène—, cien veces he querido emprender la misma carrera, y lo habría hecho si mi gusto por los hombres hubiera sido más fuerte que el amor extremo que siento por las mujeres; pero, querida Juliette, el cielo, al destinarme a una clausura eterna, me creó lo bastante dichosa como para contemplar como tibio todo placer distinto de los que me permite este retiro; el que las mujeres se procuran entre sí es tan delicioso que no aspiro a casi nada más²³; entiendo, no obstante, que se ame a los hombres; comprendo a las mil maravillas que se recurra a todo para obtenerlos... Concibo perfectamente todo lo relativo al artículo del libertinaje... Quién sabe incluso si no he ido mucho más lejos de lo que puede concebir la imaginación. Los primeros principios de mi filosofía, Juliette —prosiguió la Delbène, que se sentía aún más unida a mí desde la pérdida de Euphrosine—, consisten en desafiar a la opinión pública²⁴; no te haces idea de hasta qué punto me río de todo lo que pueda decirse acerca de mí. ¿En qué puede afectar a la felicidad, te pregunto, la opinión del vulgo imbécil? Solo nos afecta en razón de nuestra sensibilidad; pero si, a fuerza de sabiduría y reflexión, hemos llegado a atenuar dicha sensibilidad hasta el punto de dejar de sentir sus efectos, incluso en lo relativo a lo que más nos afecta, resultará absolutamente imposible que la opinión ajena, buena o mala, pueda perturbar nuestra dicha. Esa felicidad reside únicamente en nosotras, depende solo de nuestra conciencia, y quizá algo más de nuestras opiniones, que deben basarse en la acertada inspiración de la conciencia; pues la conciencia, continuaba aquella mujer dotada de gran inteligencia, no es uniforme; es casi siempre el resultado de las costumbres y de la influencia de los climas²⁵, puesto que está probado

²³ Aquí Sade contradice la teoría de Diderot, expuesta en su novela *La Monja* (concluida hacia 1780, publicada póstumamente en 1796), donde el filósofo de Langres atribuye a la reclusión monogénérica la inclinación sexual de las religiosas.

²⁴ Mona Ozouf, en «Le concept d'opinion publique au XVIII^e siècle» (en *L'Homme régénéré. Essais sur la Révolution française*, Paris, Gallimard, 1989), trata de la evolución de «opinión pública» como opinión del vulgo, con un sentido peyorativo, a principios de la centuria, a la nueva «opinión pública» en tiempos de la Revolución, motor del cambio histórico. Nuestro autor sigue utilizándolo en su acepción antigua.

²⁵ «Clima» (*climat* en francés en el texto): «Término de geografía. Espacio de tierra comprendido entre dos paralelos de la equinoccial, en los cuales el día mayor del año se varía notablemente con una cierta y determinada diferencia [...]. Los geógrafos dividieron el orbe de la tierra en diversos climas» (*Diccionario de Autoridades*, t. II, 1729).

que los chinos, por ejemplo, no son reacios a realizar ciertas acciones que en Francia nos harían estremecer²⁶. Así pues, si dicho órgano flexible²⁷ puede prestarse a extremos, solo por el grado de latitud, es de sabios adoptar un término medio razonable entre extravagancias y quimeras, y componerse opiniones compatibles a la vez con las inclinaciones recibidas de la naturaleza y con las leyes del Gobierno del lugar donde se habita; y esas opiniones deben crear nuestra conciencia. Por ello, cuanto más joven se empiece a adoptar la filosofía que se quiere seguir, mejor, ya que solo ella forma nuestra conciencia, y la conciencia es la que regula todas las acciones de nuestra vida.

—¿Qué? —dije a Delbène—, ¿habéis llevado esa indiferencia hasta el extremo de olvidaros de vuestra reputación?

—Exacto, querida; confieso incluso que gozo mucho más en mi fuero interno por el convencimiento que tengo de que esa reputación es mala que si fuera buena. ¡Oh, Juliette! Retén bien esto: la reputación es un bien carente de todo valor, nunca nos compensa por los sacrificios que hacemos; la que da importancia a su fama sufre tantos tormentos como la que se olvida de ella; la una vive siempre con el temor de perder ese bien, a la otra le da miedo su propia despreocupación. Si hay tantas espinas en la carrera de la virtud como en la del vicio, ¿por qué atormentarse tanto por la elección de una u otro, y por qué no abandonarlos en manos de la naturaleza y dejarla que nos sugiera ella?

—Pero, al adoptar esas máximas —objeté a Delbène—, me daría pavor romper tantos frenos.

—En verdad, querida mía, me contestó, me gustaría más que me dijeras que te aterroriza la idea de tanto placer. ¿De qué frenos hablas? Atrevámonos a afrontarlos con sangre fría... Convenciones humanas casi siempre promulgadas sin la sanción de los miembros de la sociedad, detestadas por nuestro corazón..., en contradicción con el buen sentido. Convenciones absurdas que son reales solo para los estúpidos que quieren someterse a ellas de buen grado, y que no son sino objetos dignos de desprecio a los ojos de la sabiduría y la razón... Charlaremos

²⁶ La relatividad de las costumbres y las leyes según los climas fue objeto de reflexión y debate desde Montesquieu (*El espíritu de las leyes*, 1747) a Diderot (*Suplemento al Viaje de Bougainville*, 1772) o Sade. Aquí el autor compara Francia con sus antípodas clásicas, el Lejano Oriente, cuando a partir de los años 80 sus contemporáneos prefieren confrontar los pueblos europeos con los del Pacífico, australes o polinesios, de más actualidad debido a las expediciones de Cook y Bougainville.

²⁷ Sade conoce las teorías de Luigi Galvani (1737-1798) acerca del sistema nervioso, cuyos estudios inauguraron una nueva ciencia, la neurofisiología. Para el materialista y ateo marqués, la conciencia se aloja en el cerebro, «órgano flexible».

de todo esto, ya te lo he dicho, querida, te acojo bajo mi tutela, tu candor y tu ingenuidad me prueban que tienes gran necesidad de una guía en la espinosa carrera de la vida, y esa guía seré yo.

Efectivamente, nada había más arruinado que la reputación de la señora Delbène; una monja a la que me habían recomendado de manera particular, enfadada por mi relación con la abadesa, me advirtió de que se trataba de una perdida; había gangrenado a casi todas las pensionarias del convento, y más de quince o dieciséis, gracias a sus consejos, habían tomado la misma decisión que Euphrosine. Era, según se me aseguraba, una mujer sin fe ni ley ni religión que exhibía impudicamente sus principios, y a la que se habría castigado ya duramente si no hubiera sido por su crédito²⁸ y su cuna. Me daban igual esas exhortaciones; un solo beso de la Delbène, uno solo de sus consejos tenía más imperio sobre mí que todas las armas que pudieran utilizar para separarme de ella. Si me hubiera llevado hasta el precipicio, estaba segura de que habría preferido perderme con ella antes que ilustrarme con otra. ¡Oh, amigos míos! Es delicioso alimentar la perversidad, pues la naturaleza nos arrastra hacia ella... Si la fría razón nos separa de ella por un momento, la mano de la voluptuosidad nos devuelve a la perversidad y ya no podemos volver a alejarnos. Pero nuestra amable superiora no tardó en hacerme ver que no era yo la única que atraía su atención, y pronto me di cuenta de que había otras que compartían placeres en los que había más libertinaje que delicadeza.

—Ven mañana a merendar conmigo —me dijo un día—, Élisabeth, Flavie, la señora de Volmar y Sainte-Elme estarán presentes, seremos seis en total; quiero que hagamos cosas inconcebibles.

—¡Cómo! —dije yo—, ¿así que te diviertes con todas esas mujeres?

—Claro, ¡y qué! ¿Acaso crees que me limito a eso? Hay treinta monjas en esta casa; veintidós han pasado por mis manos; hay dieciocho novicias: solo una me es aún desconocida; seis sesenta pensionistas: solamente tres se me han resistido; cada vez que aparece una nueva, tengo que poseerla; no le doy más de ocho días para pensarlo. ¡Oh, Juliette, Juliette!, mi libertinaje es una epidemia, ¡tiene que corromper todo lo que me rodea! La sociedad tiene mucha suerte con que me limite a esta dulce manera de hacer el mal; con mis inclinaciones y mis

²⁸ Crédito: «crédit» en francés. Si el *Trésor de la langue française* (1606) de Jean Nicot insiste en el sentido de «estima» que se siente por alguien a quien nos unen lazos de amistad, la primera edición del *Dictionnaire de la Académie française* (1694) subraya el significado de «buena reputación» adquirida al «pagar bien». Sade utiliza la palabra en este segundo y moderno sentido, ironizando de paso con respecto al primero.

principios, podría adoptar otra que sería mucho más fatídica para los hombres.

—¿Y qué harías, querida?

—¡Qué sé yo! ¿Acaso ignoras que los efectos de una imaginación tan depravada como la mía son como las impetuosas crecidas de un río que se desborda? La naturaleza quiere que este provoque desastres y lo hace, sea como sea.

—¿No estarás imputando a la naturaleza —dije a mi institutriz—, lo que no es sino el resultado de la depravación?

—Escúchame, ángel mío —me dijo la superiora—, es pronto, nuestras amigas no llegarán hasta las seis; quiero responder a tus frívolas objeciones antes de que lleguen.

Nos sentamos.

—Como no conocemos las inspiraciones de la naturaleza —me dijo la Delbène— sino gracias a este sentido interno que llamamos conciencia, solo analizando lo que es la conciencia podremos llegar a profundizar con sabiduría en qué consisten los movimientos de la naturaleza que fatigan, atormentan o hacen gozar a esa conciencia.

»Se llama conciencia, queridísima Juliette, a esa especie de voz interior que se eleva en nosotros ante la infracción de algo prohibido, sea de la naturaleza que sea: definición de lo más sencilla y que, ya a primera vista, muestra que esta conciencia no es sino obra del prejuicio recibido por la educación, de suerte que todo lo que se le prohíbe al niño le cause remordimientos en cuanto lo viole, y así conserve esos remordimientos hasta que, una vez vencido el prejuicio, vea que no existía ningún mal real en la cosa prohibida. Así la conciencia es pura y simplemente la obra de los prejuicios que se nos infunden o de los principios que nos vamos formando. Esto es tan cierto que es posible, con unos principios nerviosos de por medio²⁹, conformarse una conciencia que nos atormentará, nos afligirá, si no cumplimos, en toda su extensión, todos los proyectos de diversiones, incluso viciosas..., incluso criminales, que nos habíamos prometido realizar para nuestra satisfacción; de ahí nace ese otro tipo de conciencia que, en un hombre por encima

²⁹ Los «principios nerviosos» son para Sade los principios del cuerpo, de la naturaleza humana. Así rechaza la conciencia innata de Rousseau y la conciencia adquirida de D'Holbach, la primera por falsa y la segunda por ser fruto de los prejuicios. La conciencia no es para Sade un principio de moralidad, sino, antes al contrario, aquello que conduce al ser humano al vicio y a la crueldad, pues ambas inclinaciones son fruto de su temperamento, de su instinto. La conciencia natural, guiada únicamente por estos principios «nerviosos», reprocha el bien e incita al mal. Véase Jacques Domenech, *L'Éthique des Lumières*, París, Vrin, 1989, 219.

de todos los prejuicios, se eleva contra él cuando, mediante falsas maniobras, ha tomado, para llegar a la felicidad, un camino contrario al que debía conducirle a ella de forma natural; así, según esos principios que nos hemos inventado, podemos arrepentirnos igual por haber hecho demasiado el mal o por no haberlo hecho lo suficiente. Pero tomemos la palabra en su acepción más sencilla y corriente; entonces el remordimiento, es decir, el órgano de esta voz interior que acabamos de llamar conciencia, no es sino una debilidad totalmente inútil³⁰, y cuyo imperio sobre nosotros hemos de ahogar con toda la firmeza posible; porque el remordimiento, una vez más, es solo obra del prejuicio nacido del temor a lo que pueda sucedernos tras cometer algo prohibido, sea de la naturaleza que sea, sin examinar si está bien o mal; eliminad el castigo, cambiad la opinión, aniquilad la ley, trasladad geográficamente al sujeto³¹, el crimen seguirá existiendo, y el individuo, sin embargo, ya no tendrá remordimientos. Así pues, el remordimiento es simplemente una reminiscencia fastidiosa, resultado de las leyes y de las costumbres adoptadas, pero sin dependencia alguna del tipo de delito. Porque, de no ser así, ¿podríamos ahogarlo? Y lo cierto es que sí podemos, incluso en cuestiones de las más graves consecuencias, gracias a los progresos de la mente y al trabajo de extinción de los prejuicios; de suerte que, a medida que estos prejuicios desaparecen con la edad, o que la costumbre de las acciones que nos hacían temblar llega a endurecer la conciencia, el remordimiento, que era tan solo el efecto de la debilidad de dicha conciencia, se aniquila completamente, y se llega, si así lo deseamos, a los excesos más espantosos. Pero quizá se me objete que, según la clase de delito, el remordimiento será mayor o menor; sin duda, porque el prejuicio de un gran crimen es mayor que el de uno pequeño..., el castigo de la ley será más severo; pero aprended a destruir todos los prejuicios por igual, aprended a poner todos los crímenes al mismo nivel, y, al convencerlos enseguida de su igualdad, sabréis adaptar el remordimiento a ellos, y,

³⁰ Sade se sirve de las mismas palabras en su *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo* (1782): «Hay que saber tomar su propio partido y no entregarse al estéril remordimiento». Disponible en: <https://fr.wikisource.org/wiki/Dialogue_entre_un_p_rêtre_et_un_moribond> [consultado el 23 de noviembre de 2020].

³¹ El argumento está tomado prestado de Diderot, que, en la *Conversación de un padre con sus hijos* (1773), dice: «El asesino, transportado a orillas de la China, está demasiado lejos para ver el cadáver que ha dejado en la ribera del Sena. Quizá el remordimiento nazca menos del horror de uno mismo que del temor a los demás, menos de la vergüenza de la acción, que de la reprobación y el castigo consiguientes si esta llegara a descubrirse». Disponible en: <https://fr.wikisource.org/wiki/Entretien_d'un_père_avec_ses_enfants> [consultado el 23 de noviembre de 2020].

como ya sabréis hacer frente al menor remordimiento, pronto podréis vencer el arrepentimiento del mayor y a cometer todos los crímenes con igual sangre fría..., con la misma indiferencia. Mi querida Juliette, si sentimos remordimientos tras una mala acción es porque estamos convencidos de que somos libres y nos decimos: “¡Qué desgraciado soy por no haber actuado de manera diferente!”. Pero, si nos convencemos de que esa libertad es una quimera, y que una fuerza más poderosa que nosotros nos empuja a todo lo que hacemos; si nos convencemos de que todo es útil en el mundo, y que el crimen del que nos arrepentimos es para la naturaleza tan necesario como la guerra, la peste o el hambre con las que ella asola periódicamente los imperios, nos sentiremos infinitamente más tranquilos frente a todas las acciones de nuestra vida, y no nos pasará por la cabeza el menor remordimiento; y mi querida Juliette no me dirá que me equivoco atribuyendo a la naturaleza lo que solo es efecto de mi depravación. Todos los efectos morales —prosiguió la Delbène— responden a causas físicas, a las que están encadenados irresistiblemente; es el sonido resultante del choque del palillo con la badana del tambor³²; sin causa física, no hay choque, y entonces, necesariamente, no hay efecto moral, es decir, no hay sonido. Son ciertas disposiciones de nuestros órganos y el fluido nervioso³³ más o menos irritado por la naturaleza de los átomos que respiramos..., por el tipo o la cantidad de partículas nitrosas contenidas en los alimentos que tomamos, por el curso de los humores, y por otras mil causas externas, los que conducen a un hombre al crimen o a la virtud y, con frecuencia en un mismo día, a uno y a otra: este es el choque del palillo, el resultado del vicio o de la virtud; cien luises robados de la bolsa de mi vecino, o dados de la mía a un desgraciado, ese es el efecto del choque, o el sonido. ¿Podemos ser dueños de estos segundos efectos cuando los necesitan las primeras causas? ¿Puede tocarse el tambor sin que resulte un sonido? ¿Y podemos oponernos nosotros a este choque cuando él mismo es el resultado de cosas tan ajenas a nosotros y tan dependientes de nuestra naturaleza? Es, pues, una locura, una extravagancia, no hacer todo lo que queramos y arrepentirnos de lo que hemos hecho. Según esto, pues, el remordimiento no es sino una

³² Sade retoma la imagen, común a todos los materialistas, del instrumento musical que produce una vibración para explicar la relación causa física/efecto moral. Mientras que La Mettrie utiliza la metáfora del violín (*El Hombre-máquina*, 1758), D’Holbach se sirve del arpa (*Sistema de la naturaleza*, 1770) y Diderot del clavicordio (*El sueño de D’Alembert*), Sade echa mano del tambor, de la piel orgánica golpeada, dentro de un imaginario más propio de nuestro autor.

³³ Sade recupera el concepto «fluido nervioso» del *Sistema de la naturaleza* (1770) de D’Holbach.

pusilánime debilidad que debemos vencer, en la medida en que dependa de nosotros, mediante la reflexión, el razonamiento y la costumbre. Además, ¿qué cambio puede aportar el remordimiento a lo que se ha hecho! No puede disminuir el mal, puesto que solo llega una vez cometida la acción; rara vez impide que se cometa de nuevo, por consiguiente, no sirve para nada. Una vez hecho el daño, acaecen necesariamente dos cosas: o es castigado o no. Según esta segunda hipótesis, el remordimiento sería con toda seguridad una tontería tremenda; porque ¿de qué serviría arrepentirse de una acción, cualquiera que fuera su naturaleza, si nos hubiera aportado una satisfacción completa y no hubiera tenido ninguna consecuencia enojosa? En un caso así, arrepentirse del daño que esta acción haya podido causar al prójimo sería amarlo más que a uno mismo; y es totalmente ridículo sentir lástima por la pena ajena cuando dicha pena nos ha procurado placer, cuando ha beneficiado, cosquilleado, deleitado cualquiera de nuestros sentidos, por lo cual, en tal caso, el remordimiento no tiene razón de ser; si se descubre la acción, y se castiga, y si nos examinamos bien, tendremos que reconocer que no nos arrepentimos del mal acaecido al prójimo por nuestra acción, sino de lo torpes que hemos sido al realizarla de manera que haya podido descubrirse, y entonces, sí, no cabe duda, deberemos librarnos a las reflexiones fruto del pesar producido por dicha torpeza... solo para extraer mayor prudencia, si el castigo nos deja vivos. Pero estas reflexiones no son remordimientos, pues el remordimiento real es el dolor producido por el que hemos causado a los demás, y las reflexiones de las que hablamos no son sino los efectos del dolor producido por el daño que nos hemos hecho a nosotros mismos, lo cual hace ver la extrema diferencia que existe entre ambos sentimientos, y al mismo tiempo la utilidad de uno y la ridiculez del otro. Cuando hemos llevado a cabo una mala acción, por atroz que sea, la satisfacción que nos ha procurado o el beneficio que hemos obtenido gracias a ella nos consuela con creces del daño que ha causado a nuestro prójimo. Antes de cometer dicha acción, hemos previsto el daño que haríamos a los demás; sin embargo, este pensamiento no nos ha detenido; al contrario, casi siempre nos ha causado placer; darle más importancia una vez cometida la acción, o dejar que dicha idea nos inquiete de cualquier otra manera, es la mayor tontería que podemos cometer. Si esta acción influye en la desgracia de nuestra vida, porque se descubre, pongamos todo nuestro empeño en aclarar, en ver qué combinación de causas ha hecho posible que se descubriera; y, sin arrepentirnos de algo que no podíamos hacer de otra forma, pongamos todo de nuestra parte para ser más prudentes en un futuro y extraigamos de la desgracia que ha podido sobrevenirnos, debido a ese error, la

experiencia necesaria para mejorar nuestros medios y asegurarnos en adelante la impunidad mediante un tupido velo que correremos sobre el involuntario desorden de nuestra conducta. Pero no extirpemos los principios mediante vanos e inútiles remordimientos, porque esa mala conducta, esa depravación, esos extravíos viciosos, criminales o atroces nos han complacido, nos han deleitado, y no debemos privarnos de algo agradable. Sería como la locura de un hombre que, porque un día le hubiera sentado mal un banquete, quisiera privarse de comer para siempre. La verdadera sabiduría, mi querida Juliette, no consiste en reprimir nuestros vicios, porque, al constituir los vicios casi la única felicidad de nuestra vida, querer reprimirlos supondría convertirnos en nuestros propios verdugos; al contrario, consiste en entregarse a ellos con tal misterio, con tales precauciones, que no puedan sorprendernos nunca. No hay por qué temer que con ello disminuyan sus delicias; el misterio acrecienta el placer. Además, una conducta así asegura la impunidad, ¿y no es la impunidad el alimento más delicioso del libertinaje? Después de enseñarte a dominar el remordimiento provocado por el dolor de hacer daño demasiado al descubierto, es esencial, mi querida amiga, que te indique ahora la manera de extinguir totalmente en una misma esa confusa voz que, hasta cuando las pasiones están en reposo, sigue protestando contra los extravíos a los que ellas nos han conducido; pues bien, se trata de una manera tan segura como agradable, puesto que solo consiste en renovar tan a menudo lo que nos ha provocado los remordimientos que la costumbre, o de cometer dicha acción, o de combinarla con otras, nos impida toda posibilidad de arrepentimiento. Esta costumbre, al aniquilar los prejuicios, al obligar a nuestra alma a moverse con frecuencia de la manera y en la situación que en un principio la molestaban, acaba por convertir el nuevo estado adoptado en algo fácil e incluso delicioso; el orgullo nos sirve de ayuda; no solo hemos hecho algo que nadie se atrevería a hacer, sino que además nos hemos acostumbrado tan bien que ya no podemos existir sin ello; y de ello resulta el primer goce. La acción cometida provoca otro, y es indudable que esta multiplicación de placeres hará que el alma se acostumbre enseguida a plegarse a la forma de ser correcta, por muy penosa que le pareciera en un principio la situación a la que la forzaba esta acción. ¿No sentimos lo que te digo en todos los pretendidos crímenes presididos por la voluptuosidad? ¿Por qué no nos arrepentimos nunca de un crimen de libertinaje? Porque el libertinaje se convierte enseguida en una costumbre; lo mismo podría decirse de los demás extravíos; todos pueden, como la lubricidad, transformarse fácilmente en costumbre, y todos pueden, como la lujuria, provocar en el fluido nervioso un cosquilleo que, muy parecido a esa pasión, puede volverse

tan deliciosa como ella y, por consiguiente, metamorfosearse, como ella, en necesidad. ¡Oh, Juliette!, si quieres como yo vivir feliz en el crimen..., y yo cometo muchos, querida..., si quieres, digo, encontrar en el crimen la misma felicidad que yo, trata de hacer de él, con el tiempo, una costumbre tan dulce que te resulte imposible existir sin cometerlo; y que todas las convenciones humanas te parezcan tan ridículas que tu alma flexible, y a pesar de ello nervuda, se vaya acostumbrando imperceptiblemente a convertir en vicios todas las virtudes humanas y en virtudes todos los crímenes: entonces un nuevo universo se conformará ante tus ojos, un fuego devorador y delicioso se filtrará en tus nervios, inflamará ese fluido eléctrico donde reside el principio de la vida³⁴: como yo, lo bastante feliz como para poder vivir en un mundo al que me exila mi triste destino, cada día forjarás nuevos proyectos, y cada día su ejecución te colmará de una voluptuosidad sensual que solo tú sentirás; todos los seres que te rodeen te parecerán víctimas dispuestas por la suerte al servicio de la perversidad de tu corazón; ni lazos, ni cadenas, todo desaparecerá ante la llama de tus deseos, no se elevará ninguna voz más en tu alma para enervar el órgano de su impetuosidad, ningún prejuicio militará ya en su favor, todo lo disipará la sabiduría, y llegarás insensiblemente a los últimos excesos de la perversidad por un camino cubierto de flores; entonces reconocerás la debilidad de lo que en otro tiempo se te presentaba como inspirado por la naturaleza; cuando te hayas burlado durante unos años de lo que los tontos llaman sus leyes, cuando, para familiarizarte con su infracción, te hayas complacido destruyéndolas todas, verás a la pícara, encantada de haber sido violada, plegarse a tus deseos nerviosos, llegar voluntariamente a ofrecerse a tus cadenas..., presentarte las manos para que la hagas cautiva; convertida en tu esclava en lugar de ser tu soberana, enseñará delicadamente a tu corazón la forma de ultrajarla aún más, como si se complaciera con el envilecimiento, y como si la manera más refinada de someterte a sus leyes fuera realmente indicarte que la insultaras hasta el exceso. No te resistas nunca al llegar a esto; insaciable en sus pretensiones sobre ti, en cuanto hayas encontrado el medio de dominarla, te conducirá paso a paso de extravío en extravío; el último que cometas no será nunca para ella sino un camino conducente a otro mediante el que se prepara para someterse a ti una vez más; como la prostituta de Síbaris, que se entrega de todas las formas posibles y adopta todas las posturas para excitar los deseos del voluptuoso que le

³⁴ Véase D'Holbach, *Système de la nature*, T. I, cap. 9: el principio que «en el hombre le confiere más vida y energía» es el fluido nervioso «que no es sino la materia eléctrica».

paga, así te enseñará ella cien maneras de vencerla, y todo ello para encadenarte, a su vez, con mayor seguridad. Pero, te lo repito, una sola resistencia, una sola, te haría perder todo el fruto de las últimas caídas; no conocerás nada si no lo has conocido todo, y si eres lo bastante tímida como para detenerte ahí, ella se te escapará para siempre; ten cuidado, sobre todo, con la religión, que nada te desvíe del buen camino, como sus peligrosas inspiraciones; semejante a la hidra, cuyas cabezas renacen a medida que se cortan, te importunará sin cesar si no pones mucho cuidado en aniquilar perpetuamente sus principios. Temo que las extrañas ideas de ese Dios fantástico, con que emponzoñaron tu infancia, vengan a perturbar tu imaginación en medio de sus más divinos extravíos: ¡Oh, Juliette!, olvídala, despréciala, la idea de ese Dios vano y ridículo, su existencia es una sombra que disipa en un instante el más débil esfuerzo de la mente, y no encontrarás la paz hasta que esa odiosa quimera no haya perdido toda la influencia que le procuró el error sobre tu alma. Nútrete sin cesar de los grandes principios de Spinoza, de Vanini, del autor del *Sistema de la naturaleza*³⁵, los estudiaremos, los analizaremos juntas, te prometí profundas discusiones sobre este tema, respetaré mi palabra, nos impregnaremos ambas de la esencia de estos sabios principios. Si siguen surgiéndote dudas, me las comunicarás, yo te tranquilizaré, y tan firme como yo, pronto me imitarás, y como yo, tampoco volverás a pronunciar en tu vida el nombre de ese infame Dios si no es para blasfemar y odiarlo. La idea de tal quimera es, lo confieso, la única equivocación que no puedo perdonar al ser humano; excuso todos sus extravíos, lo compadezco por todas sus debilidades, pero no puedo tolerar la elevación de semejante monstruo, no le perdono que se haya forjado él mismo las cadenas religiosas que lo han sojuzgado tan violentamente, y que él mismo haya venido a presentar el cuello bajo el vergonzoso yugo que había preparado su propia estupidez. No acabaría nunca, Juliette, si tuviera que entregarme a todo el horror que me inspira el execrable sistema de la existencia de un Dios; mi sangre hierve solo con su nombre, me parece ver alrededor mío, cuando lo oigo pronunciar, las sombras palpitantes de todos los desdichados a los que esta abominable opinión ha destruido en la superficie del globo; me invocan, me ruegan que utilice todas las fuerzas o el talento que me hayan sido otorgados para extirpar del alma de mis semejantes la idea del repugnante fantasma que los hizo perecer en la tierra.

³⁵ Sade cita aquí a tres de los grandes filósofos considerados entonces ateos: Spinoza, Vanini y D'Holbach.

Aquí, la Delbène me preguntó qué pensaba yo de todo esto.

—Todavía no he hecho mi primera comunión —le dije.

—¡Ah!, mucho mejor —me contestó, dándome un beso—; vamos, ángel mío, ya te evitaré yo esa idolatría; con respecto a la confesión, contesta, cuando te hablen de ella, que no estás preparada. La madre de las novicias es amiga mía, depende de mí, te recomendaré a ella y nadie te molestará. En cuanto a la misa, no tenemos más remedio que asistir; pero, toma, ¿ves esta bonita colección de libros? —me dijo mostrándome una treintena de volúmenes encuadernados en marroquín rojo—, te prestaré estas obras, y su lectura, durante el abominable sacrificio, te consolará de la obligación de presenciárselo.

—¡Oh, amiga mía! —dije a la Delbène—, ¡cuántas cosas te deberé! Mi corazón y mi mente ya se habían adelantado a tus consejos... no con respecto a la moral, pues acabas de decirme cosas demasiado fuertes y nuevas como para que se me hubieran ocurrido ya a mí; pero no te había esperado para odiar, como tú, la religión; y si cumplía los horribles deberes religiosos, era con la mayor repugnancia. ¡Qué dicha me procuras al prometerme ampliar mis luces! ¡Ay! Al no haber oído nada sobre todas esas supersticiones, mi pequeña impiedad solo se debe a la naturaleza.

—¡Ah!, sigue esa inspiración, ángel mío... Nunca te engañará.

—Sabes —proseguí— que todo lo que acabas de enseñarme es muy fuerte, y que es poco frecuente estar tan instruida a tu edad. ¿Me permites que te diga una cosa, querida? Es difícil que la conciencia pueda alcanzar la altura de la tuya, sin ciertas acciones extraordinarias; y ¿cómo?, perdona mi pregunta, ¿cómo, en tu interior, tuviste ocasión de concebir los delitos capaces de endurecerte hasta ese punto?

—Algún día lo sabrás —me contestó la superiora levantándose.

—¿Y por qué esperar tanto tiempo...? ¿De qué tienes miedo?

—De horrorizarte.

—¡Nunca, nunca!

Y al oír que llegaba alguien, Delbène no pudo aclararme lo que yo ardía en deseos de saber.

—¡Chitón! ¡Chitón! —me dijo—. Ahora pensemos en el placer... Dame un beso, Juliette; te prometo que algún día tendrás toda mi confianza; pero aparecen nuestras amigas, así que debo pintáros³⁶.

La señora de Volmar acababa de tomar los hábitos hacía unos seis meses. De veinte años apenas, alta, delgada, esbelta, muy blanca, de pelo castaño y el cuerpo más hermoso que pueda imaginarse; Volmar,

³⁶ Sade, en sus retratos, suele recurrir a la tradicional metáfora pictórica.

dotada de tantos encantos, era con razón una de las alumnas más queridas de la señora Delbène, y, después de ella, la más libertina de todas las mujeres que iban a asistir a nuestras orgías. Sainte-Elme era una novicia de diecisiete años, con un rostro encantador, muy expresivo, de hermosos ojos, con un pecho bien moldeado, y su cuerpo, en conjunto, voluptuoso en exceso. Élisabeth y Flavie eran dos pensio-nistas, la primera de apenas trece años, la segunda de dieciséis. La cara de Élisabeth era fina, con rasgos muy delicados, y sus formas agradables y ya pronunciadas. En cuanto a Flavie, tenía el rostro más celestial del mundo: no existía una risa más bonita, unos dientes más bellos, un pelo más esplendoroso. Nadie poseía un talle tan perfecto, una piel tan suave y tersa a la vez. ¡Ay!, amigos, si tuviera que pintar a la diosa de las flores³⁷, no elegiría a otra por modelo. Los primeros cumplidos no duraron mucho; como todas sabían el motivo de la reunión, no tardaron en ir al grano, pero sus palabras, lo confieso, me sorprendieron. No se puede imaginar, hasta en un burdel, semejantes propósitos libertinos, proferidos con la soltura y la facilidad de aquellas jóvenes; y nada era tan divertido como el contraste entre su modestia, su recato en sociedad y su enérgica indecencia en aquellas asambleas lujuriosas.

—Delbène —dijo la señora de Volmar al entrar—, te desafío a que me hagas correrme hoy; estoy agotada, querida; he pasado la noche con Fontenille... Adoro a esa descarada, ¡en mi vida me han masturbado mejor..., nunca he soltado tanto fluido³⁸, con tanta abundancia..., tan deliciosamente! ¡Oh, querida, hemos hecho unas cosas!

—Increíbles, ¿verdad? —dijo Delbène—. Pues bien, quiero que esta noche hagamos otras mil veces más extraordinarias.

—¡Oh, joder!, apresurémonos pues —dijo Sainte-Elme—; se me ha puesto duro³⁹; no soy como Volmar, me he acostado sola —y, reman-gándose el hábito—: fíjate, mírame el coño..., mira qué necesitado está.

³⁷ Flora, diosa griega de las flores, los jardines y la primavera.

³⁸ El escritor utiliza aquí la palabra *foutre* que sirve aún, en el lenguaje popular, para designar tanto el fluido del hombre como el de la mujer; a pesar de los recientes descubrimientos fisiológicos que prueban que el fluido femenino no es seminal, y que solo el esperma lo es, muchos son, incluso en los medios intelectuales, los que siguen creyendo en la teoría galénica de la fusión del doble flujo seminal, masculino y femenino, para engendrar (Véase Lydia Vázquez, *L'Orgasme féminin au XVIII^e siècle*, La Rochelle, Himeiros). El vocablo le sirve además para hacer un juego de palabras con la exclamación *Foutre!* (¡Joder!), proferida por Sainte-Elme poco después.

³⁹ Sade utiliza el verbo «*bander*», propio del argot masculino, puesto que alude a la dureza del órgano genital. Nuestro autor gusta de equiparar el clitoris al pene, haciendo uso de un campo semántico común.

—Un momento —dijo la superiora—, esta es una ceremonia de recepción; admito a Juliette en nuestra sociedad, tiene que cumplir con las formalidades de rigor.

—¿Quién? ¿Juliette? —dijo confusa Flavie, que todavía no me había visto—, ¡ay!, apenas si conozco a esta bonita muchacha... ¡Pero si estás masturbándote, corazón! —continuó, mientras se acercaba a besarme en la boca—. Así que eres libertina... ¿Eres, pues, lesbiana como nosotras?

Y la muy bribona, sin más preliminares, me agarró el coño y el pecho a la vez.

—Déjala —dijo Volmar, que, remangándome las sayas por detrás, me examinaba las nalgas—, déjala, tiene que ser admitida antes de que nos sirvamos de ella.

—Anda, Delbène —dijo Élisabeth—, mira a Volmar besándole el culo a Juliette: la toma por un chico; la muy zorra quiere darle por el culo (fijaos que la que hablaba así era la más joven).

—¿No sabes —replicó Sainte-Elme— que Volmar es un hombre? Tiene un clitoris de tres pulgadas y, destinada a ofender a la naturaleza, sea cual sea el sexo que adopte, la muy puta ha de ser o tríbada o enculador; no conoce término medio.

Luego, aproximándose a su vez y examinándome de arriba abajo, mientras Flavie mostraba mi delantera y Volmar mi trasero, prosiguió:

—Es cierto que la granujilla está bien hecha, y juro que antes de que acabe el día sabré a qué sabe su semen.

—¡Un momento, un momento, señoritas! —dijo Delbène, buscando restablecer el orden...

—¡Qué pasa, rediós!, date prisa —dijo Sainte-Elme—, estoy cachonda. ¿A qué esperas para empezar? ¿O es que tenemos que rezar nuestras oraciones antes de tocarnos el coño? Abajo esos hábitos, amigas mías...

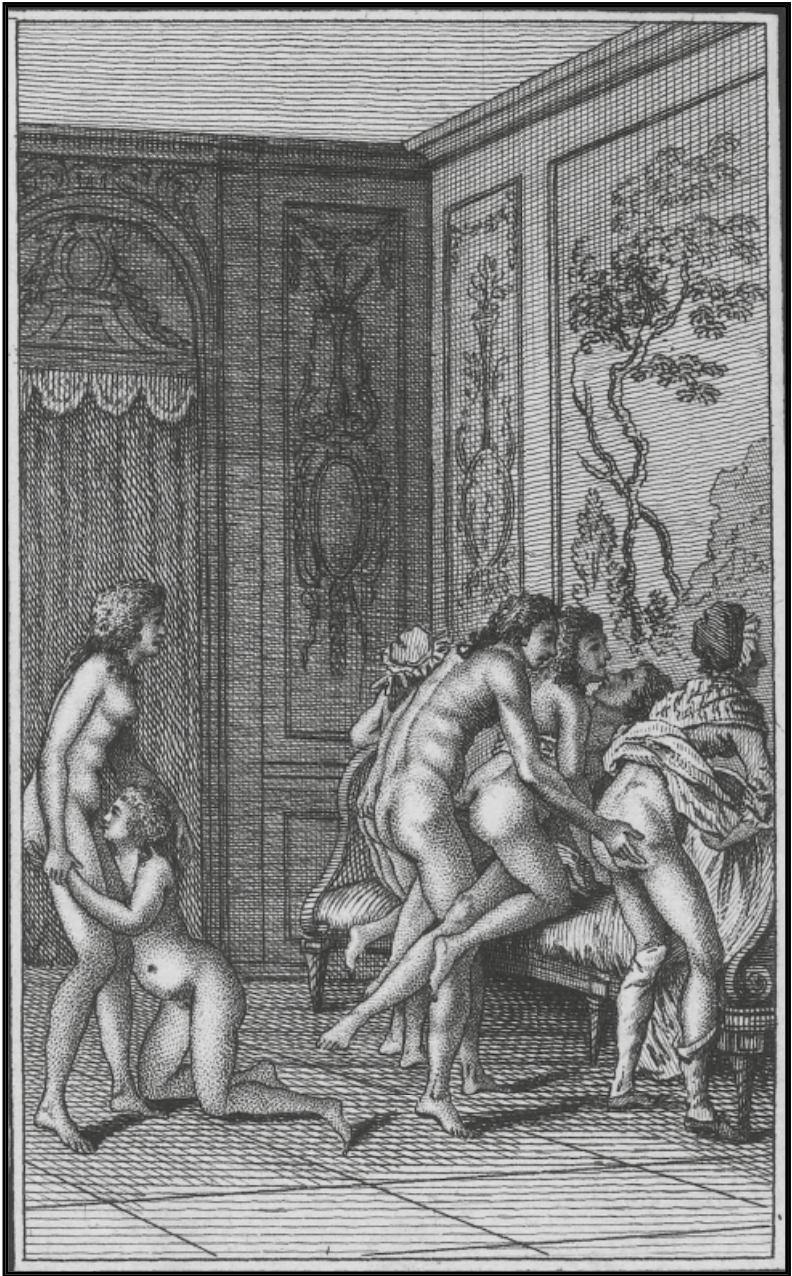
Teníais que haber visto al instante seis jovencitas más bellas que el sol admirándose..., acariciándose desnudas y formando entre todas los grupos más agradables y variados.

—¡Oh!, ahora —retomó Delbène con firmeza—, no podéis negarme un poco de orden... Escuchadme: Juliette va a tumbarse en esa cama y vosotras iréis, una a una, a probar con ella el placer que más os apetezca; yo, enfrente de la operación, iré tomándoos a todas a medida que la vayáis dejando, y las lujurias iniciadas con Juliette concluirán sobre mí; pero yo no me daré prisa, eyacularé todo mi esperma cuando os tenga a las cinco encima⁴⁰.

⁴⁰ Sade insiste en la naturaleza genéricamente ambivalente de Volmar desde una perspectiva que podríamos denominar «queer».

La extremada veneración que sentían por las órdenes de la superiora hizo que pusieran en su ejecución la mayor exactitud. Como todas esas criaturas eran muy libertinas, quizá os guste oír lo que cada una de ellas exigió de mí. Al respetar el orden de edad, Élisabeth pasó la primera. La guapa desvergonzada me examinó por todas partes y, después de cubrirme de besos, entrelazó mis muslos con los suyos, se frotó contra mí y ambas nos extasiamos. Flavie vino después; se entretuvo más en su búsqueda. Después de mil deliciosos preliminares, nos tumbamos en sentido inverso la una sobre la otra y, con nuestras lenguas juguetonas, hicimos brotar torrentes de semen. Sainte-Elme se acerca, se tiende en la cama, me sienta sobre su cara y, mientras su nariz me excita el ojete, me hunde la lengua en el coño. Inclínada sobre ella por mi postura, puedo lamerla de igual manera; lo hago, con los dedos le hago cosquillas en el culo, y cinco eyaculaciones seguidas me prueban que la necesidad de la que hablaba no era ilusoria. Le pagué con la misma moneda; nunca me habían mamado tan voluptuosamente. Volmar solo quiere mis nalgas, las devora a besos, y, preparando la vía estrecha con su lengua de rosa, la libertina se pega a mí, me hunde el clítoris en el culo, me sacude largo y tendido, me gira la cabeza, me besa la boca ardentemente, me chupa la lengua y me masturba mientras me encula. La muy golfa no se detiene ahí; me arma con un godeo que me ata ella misma a la altura de los riñones, se ofrece a mis embestidas y, dirigiéndolas hacia el trasero, la zorra acaba sodomizada; mientras, yo seguía tocándola, de manera que pensó morir de gusto. Después de esta última incursión, me situé en el puesto que se me había asignado sobre el cuerpo de la Delbène. Así dispuso la puta el grupo: Élisabeth, boca arriba, estaba en el borde de la cama. Delbène, recostada entre sus brazos, se dejaba masturbar el clítoris. Flavie, de rodillas, con las piernas debajo de la cama y la cabeza a la altura del coño de la superiora, la lamía mientras le apretaba los muslos. Por encima de Élisabeth, Sainte-Elme, con el culo sobre la cara de esta última, presentaba el coño a los besos de Delbène, a la que Volmar enculaba con su clítoris ardiente. Me esperaban para completar el grupo. Medio inclinada junto a Sainte-Elme, me dejaba yo chupar por el revés lo que aquella daba a mamar por delante. Delbène pasaba con inconstancia y premura del coño de Sainte-Elme a mi ojete, lamía, aspiraba apasionadamente uno y otro, y, agitándose con una agilidad increíble bajo el efecto de los dedos de Élisabeth, la lengua de Flavie y el clítoris de Volmar, la tribada dejaba escapar constantes torrentes de semen.

—¡Oh, me cago en Dios! —dijo Delbène, retirándose de allí colorada como una bacante—, ¡y otra vez redió! ¡Cómo me he corrido! Da



igual, prosigamos con nuestras operaciones; ahora, que cada una de vosotras se coloque en la cama; Juliette exigirá de vosotras, por turnos, lo que le apetezca, y no tendréis más remedio que prestaros a ello; pero como todavía es nueva, la aconsejaré; el grupo se formará luego sobre ella, igual que hace un momento conmigo, y haremos que eyacule hasta que diga basta.

Élisabeth es la primera en ofrecerse a mi libertinaje.

—Colócala —me dijo Delbène, que me guiaba— de manera que puedas besar su linda boquita mientras ella te excita, y, para que sientas cosquillas por todas partes, me encargaré en persona de tu ojete durante toda la sesión.

Flavie sustituye a Élisabeth.

—Te aconsejo los bonitos pezones de esta niña —me dijo la abadesa—, chúpase los mientras ella te cosquillea...; para dar gusto a Volmar, tienes que meterle la lengua en el culo, mientras que, inclinada sobre ti, la bribona te comerá el coño... Y con Sainte-Elme —prosiguió la superiora—, ¿sabes que haría yo?; me las arreglaría de forma que pudiera chuparle a la vez el culo y el coño, y ella, entretanto, te lo devolvería... Y en cuanto a mí, ordena, mi niña, estoy a tus órdenes.

Caliente por lo que había visto hacer a Volmar, dije:

—Quiero encularte con este godeo⁴¹.

—Hazlo, querida, hazlo —me contesta humildemente Delbène preparándose a mis sacudidas—, aquí tienes mi culo, te lo entrego.

—¡Y bien! —dije mientras enculaba a mi institutriz—, puesto que el grupo debe componerse encima de mí, que empiece enseguida. Querida Volmar —proseguí—, que tu clítoris devuelva a mi culo lo que yo hago al de Delbène; no puedes imaginarte hasta qué punto se irrita mi temperamento con esta manera de gozar; con cada una de mis manos me gustaría masturbar a Élisabeth y a Sainte-Elme, y mientras chuparía el coño de Flavie.

Puesto que las órdenes de la superiora eran agotarme, no tuve que decir nada, las situaciones cambiaron siete veces, y siete veces mi espermá corrió entre sus brazos. Los placeres de la mesa sucedieron a los del amor: nos esperaba una soberbia colación; como nuestras cabezas habían ido enardecándose con distintos tipos de vinos y de licores, volvimos al libertinaje; se formaron tres grupos. Sainte-Elme, Delbène y Volmar, por ser las de más edad, escogieron cada una a una masturbadora; por azar o por predilección, Delbène se quedó conmigo; a Éli-

⁴¹ Palabra de la época que se utilizaba también para denominar al «consolador».